

“¿Qué es la desinformación sino una desfiguración de la historia, aunque se trate de la que se está haciendo en este instante?”

Mario Benedetti en “Maniobras y mecanismos de desinformación”.

Si hoy en día alguien desea hacerse una idea general y acabada respecto a cómo se conducen las cosas en el mundo, es probable que inicie su búsqueda de información por las fuentes que versan sobre las grandes potencias, quienes son, a mi entender, las principales configuradoras del escenario mundial. Aún más, posiblemente su investigación empezará por las naciones súper desarrolladas y terminará también en ellas, sin haber rozado siquiera algunos datos de aquellos países que resultan “insignificantes” en la determinación del orden global.

Aquí entenderemos por “orden mundial” a aquel sistema en donde hay un equilibrio de poder establecido, y que posee determinados rasgos económicos y militares, dispuestos por quienes ostentan las mayores ventajas comparativas en dichas categorías. En este sentido, podemos decir que los factores determinantes responden a un *poder duro*, más que a un *poder suave* caracterizado por las finanzas, los conocimientos y la cultura. Tysha Bohorquez (2005) se refiere a esta noción interpretando a Joseph Nye -creador del término-, y explicándolo del siguiente modo: “el poder suave es la habilidad de las potencias para conseguir lo que quieren a través de la atracción, y no mediante la coerción. Nye agrega que el poder suave puede ser desplegado mediante alianzas, asistencia económica e intercambios culturales. Argumenta también que estas acciones podrían resultar en una más favorable opinión pública y una mayor credibilidad en el exterior.”² Si bien este último tipo de poder va tomando cada día mayor relevancia, quienes siguen teniendo más peso son aquellos que

¹ La autora es Licenciada en Relaciones Internacionales (UCC).

² Traducción de la autora.

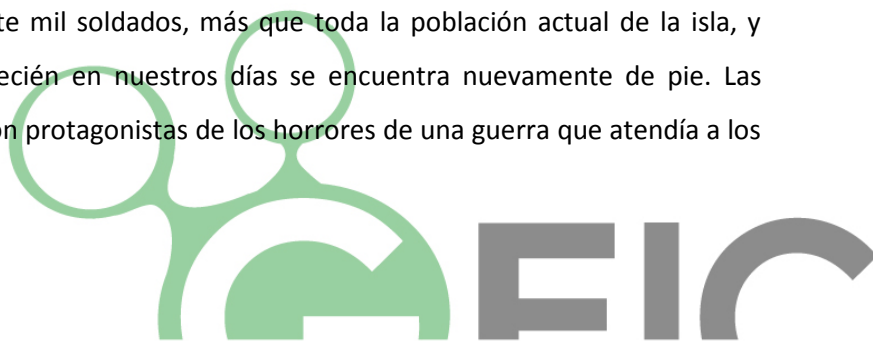
cuentan con los ejércitos más grandes y mejor equipados y se encuentran bien insertos en la maquinaria de la economía mundial que ellos mismos manejan.

La propuesta aquí es hacer un intento por “humanizar” esta fría y clásica visión de la realidad internacional y saber que el mundo no se agota en el Directorio Mundial, sino que todas las sociedades tienen algo para aportar aunque no sea específicamente desde la superioridad avasalladora de los atributos del *poder duro*. Para obtener un mejor panorama de la realidad internacional, entonces tendremos que hacer el esfuerzo de entender por qué no sabemos de la existencia de Islas Marshall o Nauru, o por qué no se habla mucho de los procesos de descolonización que se están impulsando desde ONU para acabar con el colonialismo en el Pacífico.

Es preciso comprender que el papel que las grandes potencias desempeñan en el escenario mundial es elemental y no puede soslayarse. En este sentido, Esther Barbé (1995: 197) basa el análisis de la sociedad internacional en la lógica estructural: define a la estructura “como la configuración de poder generada por las potencias del sistema” y aclara que su punto de partida está en las potencias porque son ellas quienes disponen efectivamente del poder estructural que permite establecer las leyes del juego a nivel global. Igualmente, sería relevante comenzar a generar mayor conciencia para que los países “invisibilizados” sean considerados desde lo que pueden aportar en su marginalidad.

Hoy, la globalización nos otorga la oportunidad de aprender de los pueblos menos conocidos y deberíamos aprovecharla. La nigeriana Chimamanda Adichie (2009) se refiere al peligro de contar una sola historia, y utiliza la palabra del idioma igbo *nkali* -que significa ser más grande que el otro-, para resumir una constante de lucha de poderes que se ha dado desde tiempos inmemoriales. “Al igual que nuestros mundos económicos y políticos, las historias también se definen por el principio de *nkali*. Cómo se cuentan, quién las cuenta o cuándo se cuentan depende del poder. El poder es la capacidad no sólo de contar la historia del otro, sino de hacer que esa sea la historia definitiva”. Aquí se trata de que la historia de las superpotencias no se cierre en sí misma y que incluya la narrativa de aquellos pueblos que nunca fueron “tenidos en cuenta”.

El común de las personas desconoce la existencia de Palaos, donde se encuentra Peleliu, escenario de batallas entre Japón y Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial. Por allí pasaron veinte mil soldados, más que toda la población actual de la isla, y devastaron su selva, la cual recién en nuestros días se encuentra nuevamente de pie. Las personas que allí vivieron fueron protagonistas de los horrores de una guerra que atendía a los



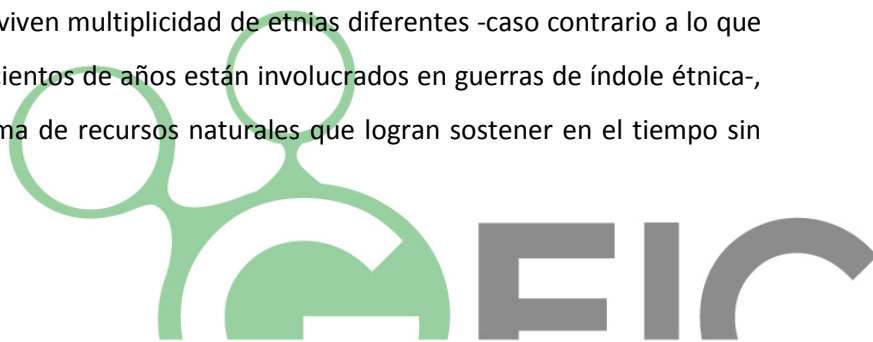
intereses particulares de las grandes potencias, intereses que en nada incluían los anhelos de las colonias. Por otra parte, Palaos se encuentra en un espacio geográfico donde convergen tres de las mayores corrientes submarinas, lo que da lugar a más de mil quinientas variedades de peces de arrecifes y zona pelágica, y cuatro veces más especies de coral que en el Caribe. Estas excepcionales características han llevado a esta república a ser considerada número uno por muchas asociaciones de buceadores, científicos marinos y conservacionistas.

Papúa Nueva Guinea es uno de los veinte países megadiversos que existen en el mundo -esto significa que albergan el mayor índice de biodiversidad de la Tierra- y ocupa el sector oriental de la isla de Nueva Guinea, la cual es considerada la segunda mayor isla del mundo -con todo lo que implica cultural, económica y biológicamente un hábitat isleño-. Pero estos atributos no son estimados, ya que en esos vastos territorios no hay signos del mundo “moderno y civilizado” que parecen ser tan deseables.

Como puede apreciarse, estos países “desconocidos” poseen recursos muy valiosos que se han mantenido relativamente alejados de la codicia imperialista. Al mismo tiempo, nos enfrentamos a un planeta que afronta hoy serias crisis climáticas y de devastación ambiental. En consecuencia, habrá que ver si aquella parte del mundo sigue sin ser tomada en cuenta cuando los Estados que se jactan de ser los más avanzados salgan a la búsqueda de tierras que aún puedan sustentar la vida con recursos naturales propios.

A diferencia de los casos antes descritos, hay países de la zona que sí han logrado ser un poco más renombrados. Tal es el caso de Filipinas, considerada la única nación hispánica de Asia, y miembro del selecto grupo de los veinte países megadiversos. Sería pertinente preguntarse por qué ha logrado ser más reconocida que sus islas vecinas, ya que ni su biodiversidad ni su antepasado cultural son “importantes” para la cosmovisión Occidental. La respuesta es simple: empezó a contar porque promete ser trascendental para la economía global. Este país ha sido incluido en la lista Próximos Once (N-11) del año 2005 que agrupa las economías que pueden ser más influyentes en este siglo, según el banco Goldman Sachs. En esta lista también está incluida Indonesia, que recientemente ha cobrado protagonismo.

Ahora bien, ¿es preciso tener una economía prometedora, adaptarse a las leyes del juego predominante y tener éxito en dicho proceso, para ser tomado en cuenta por la parte del mundo que “importa”? Todo parece indicar que sí. Según la lógica dominante, no interesa si en un pequeño grupo de islas conviven multiplicidad de etnias diferentes -caso contrario a lo que ocurre con aquellos que hace cientos de años están involucrados en guerras de índole étnica-, o si poseen una fuente riquísima de recursos naturales que logran sostener en el tiempo sin



agotarlos, haciendo uso de antiguas tradiciones e inculcando el respeto por el medio en el que habitan. Esos asuntos no cuentan en el mundo de hoy porque aún no estamos en un estado de verdadera urgencia, porque todavía -pese a las dificultades cada vez más notorias-, el sistema puede seguir sosteniéndose sobre sus propios pilares. Sin embargo, es probable que en un futuro no muy lejano los ojos de Occidente se vuelvan sobre aquellas regiones tan distantes para encontrar allí los signos de la no-devastación, la imagen de un pasado que su propia cultura se encargó de destruir hasta las últimas consecuencias.

Desde otra perspectiva, en esta región también hay territorios que aun no han alcanzado su independencia y se encuentran bajo regimenes coloniales, como es el caso de las Islas Pitcairn. Este archipiélago ubicado en la zona de la Polinesia es la única colonia británica que queda en el océano Pacífico y el país -aunque no nación soberana-, con menos habitantes del mundo. Al ser un territorio no autónomo, se encuentra bajo la supervisión del Comité Especial de Descolonización de Naciones Unidas que tiene como objetivo acabar con las situaciones de colonialismo. Este organismo ha logrado desde la década de 1960 que la gran mayoría de los países que se encuentran bajo su custodia hayan alcanzado la independencia, quedando pendientes dieciséis territorios, varios ubicados en el Pacífico. Para ciertos intereses, recordar la existencia de estas regiones aún sometidas sería desfavorable, ya que significaría la consecuente oposición de la opinión pública mundial, apremio que dejaría en una situación de relativa vulnerabilidad a los países que más conocemos por su fama de “avanzados”.

Precisamente, la zona del Pacífico fue la última parte del mundo que hizo contacto con los europeos y esto -entre muchas otras variables- podría responder a la lejanía geográfica. No obstante, hoy no se puede aducir que esta región del mundo se encuentra olvidada y subdesarrollada por su “aislamiento” territorial. Cuando se apela a la cuestión del alejamiento, se hace imperioso preguntarse ¿lejos de qué se encuentran? O ¿lejos de quiénes? Por un lado, el mundo globalizado de hoy con su revolución en la tecnología y las comunicaciones no permite argumentar seriamente que las distancias sean un impedimento para un intercambio cultural enriquecedor y; por otro, las grandes potencias no pueden esperar a que su posición geopolítica sea la que eternamente rijan el escenario global. Actualmente parece vislumbrarse una tendencia en la que el eje del poder mundial se desplaza paulatinamente de la zona del Atlántico hacia el Pacífico. Prueba de ello es la consolidación cada vez más notoria del grupo BRIC (Brasil, Rusia, India y China) “que ahora representa al 40% de la población mundial y el 18% del producto interno bruto del planeta (La voz de Rusia 2011)”.



Añadido al afianzamiento de este grupo de países emergentes que ya se encuentran condicionando muchas de las directivas que se proyectan a nivel planetario, también puede observarse una vigorización de la China continental, acompañada por una cada vez más probable alianza estratégica entre Rusia e India: “esta situación ha conducido a algunos analistas a anunciar que el Pacífico está en vías de ser el nuevo centro neurálgico de las preocupaciones estratégicas mundiales (Corrado 2006).” Éste parece ser el momento propicio para tratar de visibilizar a esas pequeñas naciones que allí se encuentran, para aprender de ellas y considerar que todas las sociedades del mundo tienen algo positivo que aportar, por insignificante que sea su representación gráfica en el mapa, o por escasa que sea su participación en los grandes foros mundiales.

Como sostiene Adichie (2009), “La consecuencia de la historia única es que roba la dignidad de los pueblos, dificulta el reconocimiento de nuestra igualdad humana y enfatiza nuestras diferencias en vez de similitudes. Las historias se han usado para despojar y calumniar pero también pueden dar poder y humanizar”. En un mundo de creciente globalización, donde las fronteras se hacen más porosas y las identidades tienden a difuminarse, la narración es fundamental. Narrar es *contar*, tanto en el sentido de contar nuestra historia, para que todos la conozcan y no perdamos nuestra identidad en medio de la mundialización, como también en el sentido de contar para los demás, ser tenidos en cuenta por los otros (Barbero 2002). Empaparse de la realidad internacional implica ir más allá de lo que nos muestran con regularidad las principales fuentes de información. Se trata de entender el panorama global desde lo que poseemos en común como seres humanos, y no quedarnos con aquello que nos distancia por ser culturalmente lejanos.



Bibliografía

- Barbé, E., 1995. Relaciones Internacionales. Madrid: Tecnos.
- Barbero, J. M., 2002. La globalización en clave cultural: una mirada latinoamericana. GRICIS. Coloquio Internacional "Globalismo y Pluralismo". Montreal. 22 al 27 de Abril.
- Bohórquez, T., 2005. Soft Power -The Means to Success in World Politics. UCLA International Institute. Disponible en: <http://www.international.ucla.edu/article.asp?parentid=34734> [30/04/2011].
- Sosa, A., 2008. El MERCOSUR político: orígenes, evolución y perspectivas. AMERSUR Asociación civil. Disponible en: <http://www.amersur.org.ar/Integ1.htm>. [05/05/2011].
- Corrado, J., 2006. La región Asia – Pacífico. ¿Nuevo eje del poder mundial? Instituto de Estudios Estratégicos de Buenos Aires. Disponible en: <http://www.ieeba.com.ar/docu/La%20Region%20Asia%20Pacifico.pdf.pdf>. [30/04/2011].
- TED Global, 2009. Chimamanda Adichie: el peligro de una sola historia. Talks. Filmado en Julio de 2009 y publicado en Octubre de 2009. Disponible en http://www.ted.com/talks/lang/spa/chimamanda_adichie_the_danger_of_a_single_story.html [21/04/2011]
2011. Los cinco países del BRICS inauguran su cumbre en Sanya, en China. La voz de Rusia. Disponible en <http://spanish.ruvr.ru/2011/04/14/48912942.html>. [14/04/2011].

